

Las condiciones que impone la bibliografía al estudioso que la elige como disciplina están asociadas a dos tipos de actividades reflexivas, imprescindibles en su práctica habitual: la capacidad de crear un sistema o un esquema de referencia que haga que un listado de libros cobre un sentido y la facultad de analizar los libros como objetos tangibles y recuperar, así, detalles de su proceso mecánico que permitan individualizar en el seno de lo múltiple. Tanto sistematizar como recuperar e interpretar evidencias y formalizar esta información para convertirla en un procedimiento de comprensión intelectual de las conexiones intelectuales y materiales que se aúnan en el libro, son operaciones que exigen del bibliógrafo una condición filosófica. No son las únicas.

Tener, además, la seguridad de que el conocimiento de las fuentes es un medio que ayuda a establecer conclusiones correctas y convertir ese saber en herramienta intelectual, supone una capacidad analítica opuesta a la roma erudición sobre los pilares históricos escritos o impresos. Se confunde con excesiva frecuencia una apabullante y plana enumeración de títulos y autores con una operación intelectual basada en un conocimiento ordenado de los fundamentos disciplinares, procesado para que funcione como un recurso del trabajo intelectual. Convertirse en creador de estos instrumentos y considerar que es labor de las bibliotecas proveer de tales recursos a quienes acuden a ellas para la investigación o para la lectura, es tener un concepto del servicio público responsable y adquirir un compromiso profundo con unos organismos de la administración atentos, con excesiva frecuencia, a la gratificación superficial de las actividades inmediatas. El bibliógrafo, sin embargo, no se deslumbra fácilmente porque descartar lo fortuito es su forma de proceder: lo aprende al principio de su formación cuando, como generalista, logra, aplicando ese método, que un listado de materiales misceláneos, a los que solo la cronología, la geografía o la lengua cohesionan, consiga obedecer a un principio orgánico que da sentido a determinada asociación. Esa percepción clara de lo coyuntural y el discernimiento de lo que es básico, rigen los principios de quien se dedica a la bibliografía.

Cualquiera de las operaciones contenidas en la bibliografía solicita un conocimiento riguroso del libro y de su historia. Son campos afines que se requieren mutuamente en la investigación. Sin conocer los mecanismos de la imprenta, del comercio librero, de la encuadernación, es imposible acometer las labores de la bibliografía sistemática o de la crítica. El bibliógrafo considera este conocimiento una exigencia intelectual y es un estudioso del libro y de la imprenta imprescindible para abordar investigaciones históricas sobre estos campos. Responde este requerimiento a un principio de coherencia que preside su aproximación a cualquier práctica bibliográfica: la comprensión y el conocimiento de la materia original y de los orígenes comunes de las disciplinas del libro. Las relaciones de la bibliografía y de la biblioteca son para el bibliógrafo una evidencia derivada de su capacidad de comprender la materialidad del libro y su historia como ejemplar dentro de una colección.

También la práctica de la bibliografía le lleva a saber que el grado de relación es variable y que la exigencia de unidad de los materiales que forman una bibliografía difiere en función de los objetivos que se quieren alcanzar con una herramienta bibliográfica concreta: construye los recursos partiendo del principio de que el margen de asociación se establece a partir de la finalidad, sabiendo que el grado de afinidad debe restringir la selección de materiales. La flexibilidad mental es, pues, consustancial a la labor del bibliógrafo y esto hace de él alguien capaz de organizar sin banderías, con la libertad que procura el

AVISOS



ejercer la elección de elementos desde un punto de vista científico y en función de un objetivo de conocimiento.

La relación entre la razón teórica y la práctica que fundamenta parte del discurso bibliográfico, la resuelve el bibliógrafo en los requerimientos concretos que no dejan huella perenne. La correspondencia y la conversación son los vehículos en los que se materializa esa aplicación. Por eso la bibliografía de un bibliógrafo es necesariamente incompleta. Son los agradecimientos en una obra, los apuntes en un trabajo de investigación en vías de publicación una hoja anotada con una letra inconfundible—, unas pruebas de imprenta revisadas y, evidentemente, el eco del consejo de una voz autorizada, los testimonios inasibles de esa labor bibliográfica que nunca devolverá la cita más completa de su obra.

En Concha Lois se daban todos estos requisitos que hacen que un buen bibliógrafo se distinga de uno mediocre. Se reforzaban, además, con cualidades personales como el aplomo, la paciencia y una infatigable curiosidad. Todo esto la hizo ser prudente, generosa, leal y humilde. Pudo, por ello, trabajar con independencia y, sin alharacas, mantener un criterio intelectual y profesional honrado y estable bajo las distintas orientaciones de dirección que la Biblioteca Nacional ha ido atravesando en las diversas etapas desde 1985, año en que ella asumió la responsabilidad del Servicio de Bibliografía, hasta el 2011 en que se jubiló como Directora del Departamento de Referencia. Observó vaivenes y modas, colaboró con generosidad y coherencia pero nada estorbó una firme convicción que orienta toda su carrera: investigación y bibliografía son inseparables y ambas son la base de la biblioteca. Mantenerlo no fue gratuito. El vacío que Concha ha dejado es, como ella, majestuoso.

BIBLIOGRAFÍA

Tesoros de España, junio-septiembre 1986, Biblioteca Nacional, Madrid. Coordinación científica M. L. López-Vidriero; colaboradores Concepción Lois Cabello [et al.]. Madrid, Dirección General del Libro y Bibliotecas, 1985. 288 p., il. col. y n.

ABHB: *annual bibliography of the history of the printed books and libraries*. The Hague, Martinus Nijhoff, 1973-. Concha Lois redactó la parte dedicada a España, desde el vol. XV (1986) hasta el vol. XXXI (2006) [último aparecido].

Science through the ages. Bodleian Library, Divinity School, Oxford, April-May, 1986. Coordinación científica M. L. López-Vidriero; colaboradores Concepción Lois Cabello. Madrid, Dirección General del Libro y Bibliotecas, 1986. 146 p., principalmente il. col. y n.

Trésors de la Biblioteca Nacional, Bibliothèque Nationale, mars-avril, 1988. Coordination Scientifique M L. López-Vidriero, Concepción Lois, Belén Altuna. Madrid, Biblioteca Nacional, 1988. 159 p., il. col. y n.

«La aventura del libro: la bibliografía», en *Historia* 16, núm. 157 (1989), 90-98.

«El Servicio de Información Bibliográfica de la Biblioteca Nacional», en *Boletín de la ANABAD*, t. 39, núm. 3-4 (1989), 565-570.

Aproximación a la bibliografía de la historia del libro y de las bibliotecas en España, 1985-1989. Dirección técnica, Concha Lois Cabello. Madrid, Biblioteca Nacional, 1991. 45 p.

Bibliographie internationale de l'humanisme et de la Renaissance. Genève, Droz 1966- Precede al título: Federation Internationale des Sociétés et Instituts pour l'Etude de la Renaissance. Genève. Concha Lois colaboró en esta publicación con los datos referidos a España, desde el vol. XXVI (1994) al vol. XXX (1998) [último publicado].

«Gestión de la calidad en bibliotecas y servicios de documentación», en *Boletín de la Asociación Asturiana de Bibliotecarios, Archiveros, Documentalistas y Museólogos, AABADOM*, v. 5, núm. 4 (1995), 22-24.

«Tomás y Valiente: Contribución a la Historia del Derecho. Ensayo de una bibliografía», en *Avisos: Noticias de la Real Biblioteca*, año II, núm. 4 (febrero, 1996).

[Reseña de] Bragaglia, Egisto. *Gli ex libris italiani: dalle origini alla fine dell'ottocento*. Milano, Editrice Bibliografica, en *Avisos: Noticias de la Real Biblioteca*, año II, núm. 5 (mayo-julio, 1996).

[Reseña de] Delgado Casado, Juan. *Diccionario de impresores españoles (siglos XV-XVII)*, Madrid, Arco Libros, 1996, en *Avisos: Noticias de la Real Biblioteca*, año II, núm. 6 (agosto-octubre, 1996).

«Edición electrónica y servicios bibliográficos». Concha Lois Cabello, María Jaúdenes Casaubón, en *Revista general de información y documentación*, v. 7, núm. 1 (1997), 153-167.

«El papel de la Biblioteca Nacional en la investigación», en *Arbor: ciencia, pensamiento y cultura*, v. 157, núm. 617-618 (1997), 89-112.

«Recuerdo de un bibliógrafo portugués. Francisco Leite de Faria», en *Avisos: noticias de la Real Biblioteca*, año III, núm. 9 (junio-agosto, 1997).

«Richesses de l'Arsenal: deux siècles de passion littéraire», en *Avisos: noticias de la Real Biblioteca*, año IV, núm. 11 (diciembre 1997-enero 1998).

«Justo García Morales, In Memoriam», en *Avisos: noticias de la Real Biblioteca*, año IV, núm. 12 (abril - junio, 1998).

«La Bibliografía de Dámaso Alonso de Fernando Huarte y otras consideraciones sobre sus trabajos bibliográficos». Concha

- Lois Cabello, M. L. López-Vidriero, en *Avisos: noticias de la Real Biblioteca*, año IV, núm. 15 (diciembre, 1998).
- «El papel de la Biblioteca Nacional en la investigación», en *El profesional de la información*, vol. 7, núm. 3 (Marzo 1998), 39-40.
- «La bibliografía internacional del Humanismo y el Renacimiento», en *Humanismo y literatura en tiempos de Juan del Encina*. J. Guijarro Ceballos (coord.). Salamanca, Universidad de Salamanca, 1999, p. 379-384.
- Palacio Real (Madrid). Biblioteca. *Los libros de Francisco de Bruna en el Palacio del Rey*. Prólogo, Francisco Aguilar Piñal; dirigido por María Luisa López-Vidriero; con la colaboración de Concepción Lois... [et al.]. Madrid, Patrimonio Nacional; Sevilla, Fundación El Monte, 1999. 652 p.
- «Repertorios bibliográficos I: la Bibliotheca hispana de Nicolás Antonio», en *Pliegos de bibliofilia*, núm. 5 (1999), 55-64.
- «Los premios bibliográficos de la Biblioteca Nacional», en *Avisos: noticias de la Real Biblioteca*, año VI, núm. 23 (octubre-diciembre, 2000).
- [Reseña de] Delgado Casado, Juan, *Un siglo de bibliografía en España: Los concursos bibliográficos de la Biblioteca Nacional (1857-1953)*. Madrid, Ollero y Ramos, 2001, en *Avisos: noticias de la Real Biblioteca*, año VII, núm. 24 (enero-marzo, 2001).
- FORTUNA DE ESPAÑA. Textos españoles e imprenta europea (siglos XV-XVIII). Centro Virtual Cervantes. Instituto Cervantes (España), 2002. [Concha Lois se ocupó de los contenidos correspondientes al apartado de «Impresores» y coordinó la bibliografía de la exposición].
- [Reseña de] Cátedra, Pedro M. *Imprenta y Lectura en la Baeza del siglo XVI*. Salamanca, Seminario de Estudios Medievales y Renacentistas; Sociedad de Estudios Medievales y Renacentistas, 2001, en *Avisos: noticias de la Real Biblioteca*, año VIII, núm. 28 (enero-marzo, 2002).
- «Colecciones digitales. Preconferencia del Congreso de la IFLA», en *El profesional de la información*, v. 13, núm. 4 (julio-agosto 2004), 307-308.
- «Ejemplares anotados en el legado de Luis de Usóz: notas para la historia de una colaboración editorial», en *La memoria de los libros: estudios sobre la historia del escrito y de la lectura en Europa y América*. Salamanca, Instituto de Historia del Libro y la Lectura, 2004, v. 2, p. 415-427.
- Federación Internacional de Asociaciones de Bibliotecarios y Bibliotecas. Reference Work Section. *Recomendaciones para el servicio de referencia digital*. Traducción de Concha Lois Cabello. Madrid, ANABAD, 2004. 25 p.
- Traducción de: IFLA digital reference guidelines.
- «Proyectos de digitalización en la Biblioteca Nacional» [grabación sonora], en *Seminario digitalización y patrimonio: experiencias en archivos y bibliotecas*. Madrid, Biblioteca Nacional, 2004. 3 cintas DAT.
- Bía-Platas, Alejandro. *Metadata requirements and solutions at the Digital Library of the National Library of Spain*. Alejandro Bía, Mercedes Chacón and Concepción Lois. Elche (Alicante), Centro de Investigación Operativa, Universidad Miguel Hernández, 2005. 10 p., gráf.
- Dictionnaire encyclopédique du livre*. Sous la direction de Pascal Fouché, Daniel Péchoin, Philippe Schuwer... Paris, Éditions du Cercle de la Librairie, 2005.
- Concha Lois figura en la «Liste alphabétique des auteurs» del volumen 2.
- «Biblioteca física y biblioteca virtual. Conferencia satélite, IFLA 2005, Järvenpää, Finlandia», en *El profesional de la información*, v. 15, núm. 1 (enero-febrero 2006), 77-78.
- «La Biblioteca Nacional y las bibliotecas autonómicas», en *Jornadas sobre bibliotecas nacionales (2005. Valencia). Las bibliotecas nacionales del siglo XXI*. Valencia, Biblioteca Valenciana, 2006, p. 25-32.
- «La colección Comín Colomer» [grabación sonora]. Concha Lois Cabello, Juan Pablo Fusi. Madrid, Biblioteca Nacional, 2006.
- «Todas las horas, todos los días, todos los años», en *Educación y biblioteca: revista de documentación y recursos didácticos*, año 19, núm. 157 (2007), 91.
- Dossier: «El bibliógrafo José Fernández Sánchez., bibliotecario en Rusia y España».
- «Las grandes bibliotecas del mundo hispánico», en *El español en el mundo: Anuario del Instituto Cervantes 2009*. Alcalá de Henares, Instituto Cervantes, 2009, p. 227-252.
- «Bibliografía de Fernando Huarte Morton», en *Avisos: Noticias de la Real Biblioteca*, año XVII, núm. 65 (septiembre-diciembre 2011).
- «Bibliografía temática de la encuadernación en España (siglos XIX-XXI): historiografía de sus estudios contemporáneos», en *Grandes encuadernaciones en las bibliotecas reales: siglos XV-XXI*. Dirección a cargo de M. L. López-Vidriero. Madrid, Patrimonio Nacional, El Viso, 2012, p. 309-323.
- ÚLTIMAS COLABORACIONES (2012-2014): Preparación y corrección de los catálogos de Incunables e Impresos del siglo XVI de la Real Biblioteca; comité de selección de la encuadernación con cifra Premio Reina Sofía de Poesía.
- SOBRE CONCHA LOIS: *Concha Lois. 30 años de Biblioteca Nacional*. <http://www.bne.es/es/micrositios/guias/conchalois>

Las universidades Napoli L'Orientale y la igualmente napolitana Suor Orsola Benincasa mantienen un programa científico, PRIN 2008, uno de cuyos espacios de investigación corresponde al enunciado de «Editoria e cultura in lengua spagnola e d'interesse hispánico nei Regni di Napoli e di Sicilia fra Rinascimento e Barocco (1503-1703)». Fruto del trabajo colectivo de diversos investigadores interesados por los aspectos históricos y culturales de este periodo, es el presente volumen misceláneo, coordinado por la profesora Sánchez García (università di Napoli L'Orientale), publicado dentro de la colección «Materia Hispánica», que ella misma dirige. El objeto de esta colección editorial es indagar en las relaciones lingüísticas, literarias, artísticas y culturales entre el Reino de Nápoles y la Corona de España durante los siglos XVI y XVII, propósito que este volumen logra plenamente desde la perspectiva de lo hispano en las prensas napolitanas.

El conjunto de estudios suma dieciocho aportaciones, mayoritariamente de investigadores italianos. Sánchez García ofrece dos trabajos: el primero, «Sobre la *princeps* de la *Propalladia*...» de Torres Naharro (págs. 1-33), sirve para abrir el volumen. Siempre ha sido apreciada la relevancia de esta *princeps* de Naharro aparecida en Nápoles el año de 1517, y como texto imprescindible de nuestra literatura lo reeditó la Real Academia Española en forma de facsímil el año de 1936 a partir del ejemplar conservado en la institución. Sánchez García se ocupa de la dedicatoria, del impresor y de los mecenas de Torres que facilitaron la edición. Su segundo texto, «Ecos gongorinos...» (págs. 241-272), aborda el influjo de Góngora en textos literarios napolitanos, en concreto, en un *Epitalamio* de Salcedo Coronel a la boda de María Enríquez de Ribera, hija del mecenas y virrey, el III duque de Alcalá. La profesora Sánchez ha hecho buenos sus amplios conocimientos sobre la imprenta en Nápoles (cfr. *Imprenta y cultura en la Nápoles virreinal: los signos de la presencia española*, Firenze, Alinea, 2007) para editar esta pieza y ofrecer un detallado estudio de su contenido.

El conjunto de textos reunidos en *Lingua spagnola e cultura ispanica* tiene como eje central el estudio de la imprenta desde perspectivas muy diversas. Se presta atención tanto a la imagen real: la de Carlos V desde 1530 hasta la revuelta de 1547 en los impresos napolitanos (Toscano, págs. 35-61), como a la geográfica, centrada en las representaciones cartográficas del territorio de Nápoles (véase Boni, págs. 83-102). Los sucesos napolitanos, es decir, Nápoles como fuente de noticias, se abordan tanto en su reflejo en las publicaciones locales —especialmente la erupción del Vesubio en 1631 (Rodríguez Fernández, págs. 223-240)— como en otros territorios italianos a lo largo del siglo XVII, materia del artículo de Mazzocchi centrado en la imprenta de Milán (págs. 223-240).

El análisis de diversos aspectos sobre la producción literaria inspira el contenido de un buen número de textos. Las aportaciones van desde el tratamiento de la figura del conde de Lemos en la poesía de Bartolomé Leonardo de Argensola (D'Agostino, págs. 137-154), hasta cuestiones relacionadas con las traducciones de Quevedo o con el *Macabeo* de Miguel de Silveira. A esta línea de investigación se adscriben dos textos sobre Cristóbal Suárez de Figueroa: su *España defendida* en la edición napolitana de 1644 (Baldissera, págs. 405-422) y su *Pusilipo* (1629) a cargo del profesor Gherardi (págs. 201-222). En lo que respecta, pues, a la producción literaria hispana o en español en el Nápoles virreinal y a su circulación y consumo, este volumen es una valiosa herramienta que podrá orientar el trabajo de futuras investigaciones.

Las particularidades de la imprenta napolitana también son objeto de atención en esta recopilación. Es el caso del trabajo de Stamuli sobre los frontispicios arquitectónicos en las ediciones napolitanas en español (págs. 385-404). No faltan páginas dedicadas a la cultura de corte, y, en este sentido, destacan las apreciaciones de Mansi sobre las fiestas y las descripciones de fiestas en distintas ediciones del Nápoles virreinal (págs. 423-470). Lo festivo no solo era el reflejo cultural de determinadas mentalidades sino que en lo político era un modo de exposición pública del poder. En paralelo con las exhibiciones civiles, la conciencia religiosa y sus representaciones no han quedado al margen del volumen. Pierre Civil se ocupa del dogma de la Inmaculada Concepción y examina su tratamiento en diversos textos así como su iconografía a lo largo del XVII napolitano (págs. 155-180).

Lingua spagnola e cultura ispanica no está dirigido solo al lector especializado que quiera calibrar la influencia de la cultura española y su lengua en el virreinato de Nápoles, con especial detenimiento en la imprenta local, sino que también será de utilidad al lector hispano que quiera entender cómo se percibía en el Nápoles moderno la literatura y la historiografía producidas en español. Aspectos concretos de ese legado pueden hallarse en el trabajo de Federici, centrado en Pedro de Salazar y su *Historia de la guerra y presa de África*, aparecida en 1552, (págs. 63-82). Una perspectiva de conjunto sobre la cultura española difundida a través de la imprenta tiene su espacio, en cambio, en Santoro («Editoria e Spagna a Napoli nel Seicento», págs. 103-118).

No todas las publicaciones científicas misceláneas en materias y autorías, como la presente, logran el variado panorama interpretativo que ofrecen sus páginas sin renunciar a un rumbo común cuyo fin es profundizar en el sustrato hispánico de la cultura virreinal napolitana. El conjunto de estudios reunidos por Encarnación Sánchez García permite definir los intereses temáticos e iconográficos que guiaban las preferencias del lector ubicado en Nápoles, en muchos casos un lector español de paso en la ciudad bien por razones burocráticas, bien por su dedicación a las armas. Cabe preguntarse qué porcentaje de la

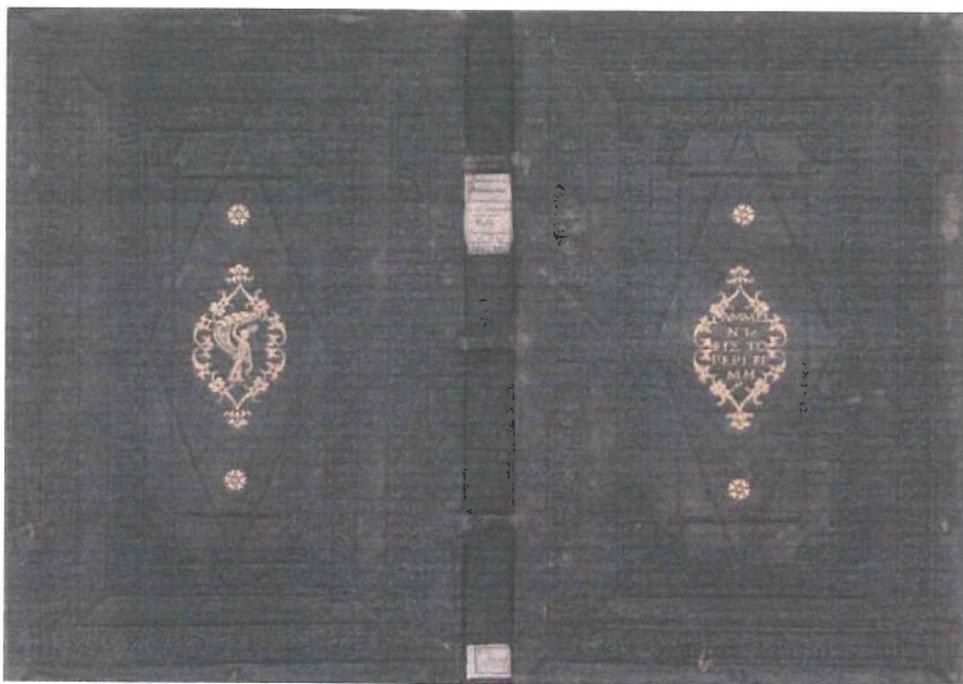
población italiana podía interesarse igualmente por esas ediciones en español, al margen de los sectores más cultivados y, por tanto, más sensibles a las aportaciones de la cultura hispana en su territorio.

La lectura de *Lingua spagnola e cultura ispanica* invita a recordar la benigna impresión que Nápoles causó a no pocos españoles que la conocieron llegando desde las severas tierras castellanas. Tres siglos después, aún se rescata el testimonio de aquella fascinación en *La Spagna nella vita italiana durante la Rinascenza* (1917), del maestro Benedetto Croce, y perviven los ecos de la expresión popular «España mi natura, Nápoles mi ventura». Entre los seducidos por la vida napolitana figura el nombre de Cervantes, inquilino de la ciudad hacia 1575, que, sin embargo, no contó con la dulzura de verse favorecido por los Argensola, poetas influyentes de aquella corte literaria presidida por el VII conde de Lemos.

UNA ENCUADERNACIÓN BOLOÑESA «ALLA VIGNETTA» EN UNA EDICIÓN ALDINA

Un ejemplar salido de la imprenta de Aldo Manuzio correspondiente a los comentarios de Ammonio a la obra de Aristóteles [*Ammoniou tou Ermeiou Hypomnena eis to peri hermeneias Aristotelous...* Venetiis: apud Aldum, VI, [x]/1503], conservado actualmente en la Real Biblioteca [sign. VIII/3319; cb: 1148306 en el catálogo en red], resulta de particular interés por su encuadernación.

La vestidura en piel de estos comentarios corresponde a una de las tendencias ligatorias practicadas en Bolonia en la primera mitad del Quinientos. Se trata de un estilo que con leves variantes formales, tiende a reservar el centro de los planos a la inserción del título o de un motivo ornamental en hierros dorados. El resto de la cubierta se adorna con orlas en seco de diversa inspiración figurativa.



Gracias a los trabajos, entre otros, de Hobson y Quaquarelli [*Legature bolognesi del Rinascimento*, Bologna, 1998] y de Federico Macchi [http://www.bibliotecamai.org/cataloghi_inventari/legature_storiche/cinquecentine/cinq_2_1892.html], podemos adscribir la encuadernación de esa edición aldina de Ammonio al entorno de los llamados Maestros «alla vignetta». Dentro de un grado de uniformidad que no siempre hace sencilla la diferenciación, han podido distinguirse al menos dos encuadernadores boloñeses «alla vignetta». El primero (ca. 1525-1545) proveía libros fundamentalmente a compradores italianos. Por lo general, este encuadernador reservaba el centro del plano anterior para inscribir, utilizando hierros dorados, el título inserto en un marco de inspiración vegetal con forma de losange. En el plano posterior pueden aparecer, también inscritos en un cartucho con motivos vegetales, tanto el emblema de un Cupido como el de la Fortuna con su vela. Este último icono, con variantes que pueden incorporar un delfín sobre el que cabalga la diosa o un fondo de estrellas, es recurrente también en otras ciudades del norte de Italia como Venecia, Padua y Milán.

El segundo «Maestro alla vignetta» (ca. 1526-1529) operaba a una escala menor. Hasta la fecha solo se han identificado seis encuadernaciones suyas, alguna, como la que viste la edición florentina de la *Ulyssea. Batrachomyomachia. Hymni XXXII* (Filippo Iunta, 1519), conservada en la Biblioteca Universitaria de Bologna (sign. Raro A. 56) con los mismos hierros para el losange vegetal de los planos que la ofrecida por el ejemplar de Ammonio de la Real Biblioteca. Fiel al acostumbrado esquema iconográfico que combina elementos dorados en el centro de las cubiertas, enmarcados en una serie de orlas en seco, este ejemplar recurre en su figuración a una lira con volutas rematadas en hojas para componer la orla más externa de los planos. La interna, más estrecha, reproduce hojas multilobuladas de roble. Inscritos en sendos rombos lisos que hacen intersección con

rectángulos, el título y el emblema de la Fortuna aparecen acompañados de dos rosetas bilobuladas en hierros dorados.

En el ejemplar de la Real Biblioteca se aprecian también las marcas de la perforación sobre las tapas donde en su día se insertaban tiras de seda para asegurar con un nudo el cierre del libro. Por los restos de tela que aún pueden apreciarse, estos comentarios de Ammonio se anudaron en seda azul verdosa, a juego con la tintura de los cortes.

EX BIBLIOTHECA GONDOMARIENSI

LA POSESIÓN DEL TERRITORIO IMAGINADO.

LA COLECCIÓN DE MAPAS INGLESES DEL PRIMER CONDE DE GONDOMAR

Ernesto OYARBIDE

Quizá una de las facetas menos estudiadas sobre el primer conde de Gondomar sea la de su gusto por la cultura visual. A este respecto, los estudios de Pablo Andrés Escapa sobre la colección de estampas inglesas presentes en la Real Biblioteca [cfr. *Avisos*, 50, julio-septiembre, 2007; *Syntagma*, 2 (2008), 17-58] han aportado valiosas claves sobre la importancia estética y social que jugaron los retratos durante esta época. A su vez, han permitido conocer los usos diplomáticos que este embajador llegó a darles a los grabados y xilografías.

No obstante, la afición de Gondomar por la cultura visual no se ciñe solo a los retratos. En efecto, este embajador fue el orgulloso dueño de verdaderas joyas pictóricas tales como el *De Aetatibus Mundi Imagines* de Francisco de Holanda, una crónica en imágenes sobre la historia del mundo desde su creación, conservada a día de hoy en la Biblioteca Nacional (DIB/14/26). Esta afición de Gondomar se percibe también en diversos apartados del catálogo de 1623, dedicados a «Libros de ritratos, imagines y de otras diferentes figuras», tanto en latín como en italiano, donde se incluyen tratados sobre arquitectura y pintura, además de un buen número de grabados. Todo ello sin mencionar los compendios dedicados a la genealogía, la heráldica, la geometría y la cartografía. Asimismo, Gondomar adquirió una notable colección de mapas conservada en la Real Biblioteca.

En un número previo de *Avisos* [núm. 55, octubre-diciembre, 2008] se ha pasado revista a esta colección cartográfica. Sin embargo, aún cabe hacer una reflexión sobre el uso práctico que se les pudo dar. Si en la cultura cortesana de la época fue un hábito común el recurso a la iconografía de hombres ilustres para extraer de sus retratos lecciones sociológicas y morales, con mayor razón se puede hablar del implícito valor simbólico de los mapas, especialmente –dado el destino diplomático de don Diego Sarmiento–, el de aquellas cartografías levantadas para dejar constancia de los reinos pertenecientes al rey Jacobo y sobre cuyo suelo representaba él, en calidad de embajador, al rey de España.

En una época de expansiones y conquistas marítimas, donde la imprenta contaba con tanto prestigio y donde se apreciaba el conocimiento como fuente de poder, la colección de mapas ingleses del conde de Gondomar adquiere una relevancia particular para entender cómo la cultura de la imprenta jugó un papel práctico en las relaciones entre España e Inglaterra. Prueba de ello se encuentra en que uno de los temas principales de la propaganda antiespañola de la época, encarnada en las críticas a Gondomar, hiciese tanto énfasis en algo aparentemente tan inofensivo como las aficiones coleccionistas de Gondomar y la posesión de mapas por parte del diplomático español. En un clima de desconfianza como el que llegó a haber en los primeros años de 1620, los grupos puritanos ingleses no estaban dispuestos a que Gondomar se hiciese con información del territorio inglés, ya fuese de forma verdadera, a través de viajes por la isla, o de forma imaginada, a través de representaciones cartográficas.

Gondomar fue dueño de atlas mundiales muy populares en toda la Edad Moderna, tales como el *Theatrum Orbis terrarum* de Abraham Ortelius (v/1552) pero también de obras exclusivas, como el portulano manuscrito de Fernão Vaz Doraudo (Casa de Alba) y el de Joan Riczo Oliva (II/1271). El objeto de esta nota es ofrecer algunas consideraciones sobre la cartografía referida a Gran Bretaña que Gondomar adquirió a raíz de su estancia en Londres como embajador. Muchos de esos mapas se insertaban como complementos gráficos en diversos tratados sobre la historia y corografía de las distintas regiones de Gran Bretaña. Las obras *Britannia* (VI/20), de William Camden, y el *Theatre of the Empire of Great Britain* (MAP/441) son ejemplos ilustrativos de este tipo de casos. Elaborados como compendios etnográficos, el objetivo de estas ambiciosas obras era ofrecer un panorama de la historia de las Islas Británicas y sus gentes a través del tiempo. A tal efecto, los mapas de estos compendios se complementan con ilustraciones de objetos de la vida cotidiana, monedas y trajes de distintas regiones, por ejemplo.

En las obras de Camden y Speed se observa una marcada asociación entre los elementos humanos y las representaciones geográficas. En una época que dio tanta importancia a los descubrimientos marítimos y a la expansión por nuevas áreas geográficas, se hizo clave también una representación visual precisa de los distintos territorios europeos y de ultramar. La cartografía se fue profesionalizando y, en consecuencia, la concepción meramente simbólica del espacio en los mapas, de raíz medieval, fue dando paso a una aplicación más ajustada a las incipientes disciplinas de medición del terreno y las más precisas técnicas en representación pictórica. En muchos casos se puede decir que el uso de estas nuevas técnicas llevó a una mayor abstracción y representación del espacio con el fin de lograr una «conquista» imaginada de terrenos que estaban siendo representados y publicados en cantidades nunca conocidas hasta entonces. Sin embargo, para que obras como las de Camden y Speed llegasen a ser posibles, fue necesario que previamente se hiciese un esfuerzo por fijar los cánones carto-

gráficos del territorio inglés. Tal responsabilidad recayó en la figura de Christopher Saxton, conocido como el padre de la cartografía inglesa. En efecto, con anterioridad a su obra, las representaciones de Inglaterra eran muy rudimentarias. Salvo contados ejemplos, como los realizados por Mercator y Ortelius en los Países Bajos, pocos eran los mapas que la representaban en su totalidad. Los mapas de Saxton empezaron a ser publicados a principios de 1570 y completaron su producción a principios de la década siguiente. Pero pervivieron muchos años al servir de modelo para el resto de las obras cartográficas inglesas durante más de un siglo.



Ilustración: *Descriptio Angliae*, RB IX/7223(1)

El enorme éxito de estos mapas se debió a dos razones. Por un lado, su publicación contó con la sanción real de Isabel I y el proyecto fue apadrinado por Lord William Cecil, mano derecha de la reina. Cecil veía en los mapas una herramienta sumamente útil para el mayor conocimiento y control de los dominios reales. La demarcación de los límites entre Escocia e Inglaterra representada por estos mapas suponía también un instrumento en el que se reflejaba la propia conciencia geográfica de cada reino. Por otro lado, la elaborada ornamentación con que se reprodujeron estos mapas y el formato de publicación, a todo color y con un tamaño medio de 397 x 510 mm., hicieron de ellos objetos en los que convivían la vistosidad y la facilidad de manipulación, dos aspectos que atraían a un público que continuamente buscaba novedades en el mercado de libros londinense.

En su versión definitiva, la obra cartográfica de Saxton, conocida como *Descriptio Angliae*, fue producida totalmente a color y llegó a incluir un frontispicio que representaba a la reina Isabel, seguido de treinta y cuatro mapas de las regiones de Gales e Inglaterra. De entre estos grabados, veinticuatro representan condados de forma individual y diez lo hacen en grupos. Durante su embajada en Londres, Gondomar se hizo con una copia de la *Descriptio Angliae* de Saxton (IX/7223[1]) y actualmente puede consultarse en un volumen cuya encuadernación acoge otra serie de mapas ingleses bastante popular: las *Expeditiones Hispanorum* de Robert Adams (IX/7223[2]). Este conjunto de once mapas, publicado en 1590, narra de forma gráfica y a todo color la fallida campaña naval española realizada contra Inglaterra en 1588. Producidos originalmente para acompañar una narración escrita de este evento por parte del cronista italiano Petruccio Ubaldini, la obra de Adams denota una clara deuda iconográfica respecto a los mapas de Saxton y fue producida por el mismo grabador de la *Descriptio Angliae*, Augustus Ryther.

El hecho de que Gondomar poseyese ambas obras cartográficas nos permite concluir que el embajador no solo aspiraba a tener una percepción física más o menos detallada de las tierras a las que había sido destinado, sino que también estaba dispuesto a consultar publicaciones claramente partidarias del bando inglés, como la de Adams. Con ello lograba tener un mayor conocimiento de las recientes campañas militares que habían resultado favorables a Inglaterra. Bien se puede decir que Gondomar compartía con Bacon la convicción de que el conocimiento es poder. Y en diversas instancias se puede observar cómo utilizó su erudición para salir airoso de complejos atolladeros diplomáticos. A sus enemigos políticos en la corte inglesa no les pasaron desapercibidas estas cualidades de Gondomar y dejaron constancia de sus recelos.

Panfletos de la época dan a conocer la enorme reticencia que ciertos grupos protestantes llegaron a sentir por el embajador español y su sospechoso interés por la geografía inglesa, tal y como puede apreciarse tanto en el segundo *Vox Populi* (1624) de Thomas Scott, como en *A Game at Chess* (1624), de Thomas Middleton. En ambas obras se presenta a un Gondomar ficcional, ufano de sus conocimientos geográficos, puestos al servicio de una potencial invasión española en la isla. En la obra de Scott, por ejemplo, al embajador se le llega a atribuir el siguiente discurso:

I had perfect knowledge of the estate of the whole Land: for there was no Fortification, Hauen, Creeke, or Landing place about the Coast of England, but I got a platforme and draught thereof, I learned the depth of all their Channels, I was acquainted with all Sands, Shelves, Rocks, Rivers that might impeach or make for invasion (Second *Vox Populi*. C. 2, pág. 15).

Teniendo en cuenta el éxito que el panfleto de Scott tuvo en los mentideros de Londres, se comprende bien que Middleton haya decidido adaptar el discurso de este folleto y lo haya puesto en boca del caballero negro de su obra teatral, un personaje claramente creado como *alter ego* ficcional de Gondomar:

Pray what use put I my summer recreation to?
 But more to inform my knowledge in the state
 And strength of the White Kingdom! No fortification,
 Haven, Creek, landing-place 'bout the White coast
 But I got draught and platform, learned the depth
 Of all their channels, knowledge of all sands,
 Shelves, rocks, and rivers for invasion prop'rest.

A Game at Chess. 4.2.58-64

A primera vista, pueden parecer exageradas las respuestas de los grupos puritanos a las aficiones coleccionistas y eruditas de Gondomar. No obstante, hay que recordar que durante la época existía una admiración casi taumatúrgica por la imprenta y el caudal de conocimiento que se había hecho disponible gracias a ella. Bien manejada, la imprenta podía lograr la imposición de cualquier idea. En este sentido, durante su estancia en Londres, buena parte de las actividades de Gondomar, incluso aquellas más personales como las del coleccionismo, fueron observadas con detenimiento y sospecha. No en vano, cuando el embajador se interesó por adquirir la biblioteca de Isaac Casaubon tras su muerte en 1614, los proyectos de compra se vieron estorbados y fueron objeto de desaprobación y desconfianza. Diversos oficiales ingleses no estaban dispuestos a que tantos tesoros bibliográficos terminasen en manos católicas y, finalmente, el embajador tuvo que desistir de la compra.

No es posible penetrar en las últimas intenciones del embajador en lo que respecta a su interés por la geografía inglesa, pero es bastante dudoso que haya llegado a planear una invasión y que la adquisición de los mapas formara parte de la documentación del plan. Se sabe por sus cartas a la corte española que era partidario de aumentar el tamaño y la fuerza de la flota española, pero este deseo parece más bien responder a la voluntad de proteger los territorios españoles contra los ataques de navíos hostiles procedentes de Holanda, Turquía o Inglaterra, que a pesar de las paces nunca abandonó del todo la piratería. Gondomar se mostró siempre como un firme partidario de la paz con Inglaterra y trabajó fervientemente por fomentarla a través del enlace matrimonial entre el Príncipe Carlos y la Infanta María. No obstante, también sabía que la paz no podía mantenerse a cualquier precio y así se lo hizo saber al rey Jacobo en varias ocasiones en la que los intereses de ambos países entraban en conflicto. Con todo, conforme acababa la década de 1610, el juego de sospechas terminó siendo mutuo. En 1618, tras la ejecución de Raleigh, y a partir del conflicto del Palatinado, cualquier intento de refuerzo marítimo de un país era respondido con la misma estrategia por parte del otro. Es en este clima de desconfianza, cuando se llega a comprender la ansiedad por parte de ciertos sectores londinenses ante la insaciable curiosidad de Gondomar por la cultura inglesa, en particular en los casos donde los aspectos visuales constituían la principal fuente de información.

Después de todo, los materiales gráficos tenían la ventaja de no oponer barreras lingüísticas para el embajador, que no era muy diestro en la lengua inglesa. La posesión de mapas entraba de lleno en esta facilidad para asomarse al territorio representado y, como derivación, para trazar planes estratégicos y militares valiéndose de su apoyo.

